

LO SOCIAL Y LO ABSOLUTO EN EL PENSAMIENTO DE SIMONE WEIL

por María Eugenia Valentíé

En la enorme masa de escritos de Simone Weil se distinguen especialmente dos preocupaciones: la social y la religiosa. En el fondo una misma preocupación que se ejerce en dos planos.

Dice textualmente Simone Weil: "Lo vegetativo y lo social son dos dominios en los que bien no penetra... Lo social es irreductiblemente el dominio del príncipe de este mundo. No hay otro deber con respecto a lo social que intentar limitar el mal". Esta concepción que parece un pesimismo absoluto se aclara en relación a las distinciones que establece Simone Weil en la idea de bien. La palabra bien puede tomarse en dos sentidos muy distintos: como correlato del mal y como bien absoluto. En este segundo sentido el bien no es lo opuesto al mal, lo absoluto no puede tener ningún correlato, pues está en un plano donde todas las oposiciones se trascienden. Por su mismo carácter absoluto el bien no puede darse en una instancia puramente humana como es la sociedad. "El bien es Dios". Como no somos Dios, no somos buenos, y el bien sólo puede provenir de lo bueno. Por tanto, cualquier cosa que hagamos, haremos mal. El bien real para el hombre estará siempre acompañado de mal, como el objeto iluminado de su sombra. Aparentemente no habría entonces ninguna salida para el problema de la acción. La única solución para Simone Weil es actuar contemplando "el bien puro e imposible, saber que es imposible y no amarlo menos", y luego obrar. Y en cuanto al mal que inevitablemente acarreará, rogar que caiga sobre la propia cabeza. En este sentido una sociedad humana nunca puede ser buena. Está en el terreno de lo relativo, como la familia, las tradiciones, la cultura, etc., son **metaxu**,

es decir, intermediarios. Su uso consiste en saber que son puentes y no quedarse a vivir en ellos.

El gran peligro de lo social es que puede convertirse en un ídolo. Se toma entonces lo relativo como absoluto y se lo adora como a un bien. Para designar a esta sociedad así divinizada, Simone Weil utiliza una expresión tomada de Platón, la llama el "gran animal". El gran animal es lo colectivo que ahoga a la persona rodeándola de muros que impiden llegar a lo real. La sociedad se convierte entonces en una pantalla entre el hombre, la naturaleza y Dios. Pero quizá no sea correcto decir que la sociedad ahoga al individuo, puesto que supone una personalización inadecuada, sino que sería más exacto afirmar que es el individuo quien se arroja en la social para ahogarse.

El egoísmo total es una posición muy difícil, si no imposible para el hombre. Por poco que reflexione, descubre su finitud, su soledad, su vacío y todo esto exige una compensación que sea al mismo tiempo un anestésico. De allí los mitos sociales. De allí también la tendencia escatológica de estos mitos. Se cree en el progreso indefinido, en la consecución de un estado paradisíaco en la tierra y la imaginación disuelve todas las contradicciones. El signo de lo real es para Simone Weil lo contradictorio. Algo es real cuando permite diversas interpretaciones, todas válidas en distintos niveles. En cambio lo imaginario se desarrolla totalmente en un solo plano, carece de profundidad, no tiene diferencias de niveles y por tanto nunca es contradictorio. En los sueños puede haber una sensación de impotencia pero nunca de contradicción. Este plano de lo imaginario, creado por nosotros, es la negación de toda trascendencia.

"No podemos subir al cielo tirándonos de los cabellos", dice Simone Weil. El hombre que trata de colmar el vacío producido en su alma por la contemplación del dolor y la injusticia presentes consolándose con la proyección al futuro de sus propios deseos y creyendo en ella como si fuera real, se degrada inevitablemente. Sólo el presente es real, sólo el presente nos pertenece; dejarlo perder por la ilusión del futuro, es perderse a sí mismo. El acceso a la eternidad únicamente puede realizarse desde el presente, puesto que es el paso de una forma de realidad a otra más plena. Pero no puede penetrarse en la absoluta realidad a través de una ficción como es siempre el futuro.

Por tanto, si debemos despojarnos de todos los mitos de futuras sociedades perfectas y contemplar la realidad social presente, debemos saber que no es buena, pero al menos debemos desear que sea justa. La justicia supone el equilibrio, el orden, la jerarquía y también cierta fluidez que no permita que uno de los platillos de la balanza se incline demasiado. Es un equilibrio de fuerzas, de poder. Comentando el **Político** de Platón, Simone Weil dice que este equilibrio se logra cuando el poder es compartido por vencedores y vencidos. Esto nos muestra igualmente el carácter trascendente de la justicia. Para que el poder sea compartido igualmente por vencedores y vencidos es necesario o una constelación de circunstancias históricas realmente excepcionales o una virtud sobrenatural en los vencedores. Cuando se trata de una conquista militar, la historia muestra la aparente paradoja de que el equilibrio es más probable cuando los vencedores son bárbaros y no civilizados. La invasión de los bárbaros si no destruye permite que éstos arraiguen en el territorio conquistado, convivan con los vencidos, respeten sus instituciones, reciban su influencia moderadora. Pero cuando los vencedores son civilizados, hombres en su mayoría convencidos de la superioridad de su pueblo, su raza o su cultura, no hay esperanza para los vencidos. Es el caso frecuente de la colonización europea en América, Asia y Africa. Y Simone Weil maldice la técnica que pone la fuerza del lado de la civilización.

Por otra parte, la situación del hombre en las relaciones sociales es siempre de dependencia. "El esclavo depende del amo y el amo del esclavo". En este sentido puede decirse que ambos son igualmente esclavos. La esclavitud sería entonces el signo del hombre en su dimensión social. Por lo tanto, ¿qué diferencia habría entre el ciudadano y el esclavo? Uno obedece al amo, otro a la ley. Pero el amo puede ser muy suave y la ley muy dura; sin embargo, la primera situación es siempre más degradante. Obedecer a la ley significa reconocer una instancia impersonal, una continuidad, una permanencia que en el orden de lo temporal puede, de lejos, recordar lo eterno. Ley y legitimidad hacen posible la obediencia. En cambio la arbitrariedad y el capricho de una voluntad personal mantienen al alma en una continua zozobra. Crean una humillante sensación de angustia, de intranquilidad; el alma vive pendiente de un futuro desconocido y

amenazador que le impide reposar en el presente. En situaciones tales, hay dos salidas posibles: despersonalizar el poder o adorar-lo. En la primera, la obediencia se confunde con la necesidad, en la segunda, se transforma en devoción. Cuando se soporta a un tirano puede pensarse que se está obligado por una necesidad que no es distinta a la natural. Los hombres de poder se consideran entonces como cosas, como fenómenos naturales que pueden producir ciertos dolores, infligir ciertas penas, y la prisión y la muerte aparecen como una posibilidad semejante a la enfermedad. El hombre está necesariamente expuesto a ellas y puede sufrirlas sin que su nivel espiritual se degrade. Pero también cuando la coacción que se sufre es tan atroz, la humillación tan intensa, se busca para soportarla una compensación que consiste en engañarse creyendo que todo eso es bueno. En ese caso el hombre hace más de lo que se le pide para lograr una ilusión de libertad. Adorando esa voluntad e identificándola con el bien, encuentra un alivio en la degradación y en la mentira. Pero el poder de un hombre no es necesariamente tiránico. Otra posible solución se encuentra por el lado de los que gobiernan: se trata entonces de despersonalizar el poder buscando una instancia más alta. El hombre que gobierna puede hacer abstracción de su voluntad individual, de todo lo que signifique arbitrariedad y capricho, y tornarse tan impersonal como la ley. Para ello es necesario que tenga conciencia de su carácter simbólico. Es lo que ocurre, por ejemplo, en las órdenes monásticas cuando los monjes sienten devoción, no por la persona del Abad, sino por lo que éste representa.

No hay vida humana posible fuera de la sociedad. Sólo pueden prescindir de ella los santos, que en cierto modo han franqueado los límites de lo humano, y en el grado más bajo, la vida vegetativa que también está fuera de esos límites. Por eso un orden social por malo que sea es preferible al desorden. Para su vida moral y espiritual el hombre necesita participar en una sociedad con sus tradiciones y su cultura. La sociedad es un alimento del hombre, un alimento del que no puede prescindir; por eso "es tan sagrada como un campo de trigo, no más". El peligro consiste en que ese alimento se transforme en veneno, que la sociedad no satisfaga las necesidades del hombre sino sus caprichos o sus deseos. La idea de justicia, para Simone Weil, está íntimamente

ligada a la idea de necesidad, y prefiere hablar siempre de obligaciones y no de derechos. El derecho es algo relativo, determinado por las condiciones históricas, que depende de mil circunstancias imprevisibles y cambiantes. Un derecho que no es reconocido por nadie, no existe. Una obligación no cumplida, subsiste siempre. El derecho es una invención del Imperio Romano, “donde los hombres tenían derecho de usar y abusar de ciertas cosas y también de seres humanos”. En cambio los griegos se limitaron a hablar de justicia. Los seres humanos tienen necesidades y hay la obligación incondicionada de satisfacer esas necesidades. Por ejemplo, si alguien muere de hambre y una persona que tiene alimentos almacenados no le da de comer, ese acto es injusto de una manera absoluta, intemporal, independiente del espacio y del tiempo. Pero el hombre tiene, además, otras necesidades tan imperiosas como la de alimentarse, aun que menos discernibles. En uno de sus libros Simone Weil enumera esas necesidades del alma tan reales como las del cuerpo; son: el orden, la libertad, la obediencia, la responsabilidad, la igualdad, la jerarquía, el honor, el castigo, la libertad de opinión, la seguridad, el riesgo, la propiedad privada, la propiedad colectiva, la verdad. Además está el arraigo. El hecho de pertenecer a una cierta unidad cultural es algo tan necesario al hombre como su inserción en un ambiente biológico. Es su perspectiva natural para ver las cosas. Por eso al destruir un pueblo se comete un doble crimen: se priva a un grupo numeroso de hombres de su alimento natural y se destruye una perspectiva única para contemplar al ser. Las sociedades, como los individuos, no son intercambiables, una cultura muerta no puede ser reemplazada por ninguna otra. El desarraigo se produce por la conquista militar y la influencia económica. “Nada más igualador que el dinero, nada más simple que una cifra”, ninguna afición puede transmitirse con tanta facilidad como el deseo de ganarlo. Por eso es también lo que más fácilmente borra los matices, destruye las peculiaridades, lo que hay de característico y único en cada pueblo.

La relación entre el individuo y la sociedad es una relación de fuerza. Si el hombre no es más que un individuo la sociedad necesariamente lo domina, es más fuerte, lo trasciende en todo sentido. Por eso siempre que se plantea en un terreno estricta-

mente natural el conflicto entre individuo y sociedad es la sociedad la que triunfa en la gran mayoría de los casos. Pero la relación puede plantearse en otro plano y preguntarse si no hay otra cosa en el hombre, algo que la sociedad misma necesita para subsistir. Pero esta dimensión no es personal, el hombre no puede crearla a su antojo, tampoco puede destruirla. Puede intentar acceder a ella, o puede hacer de su yo una nube suficientemente extensa y oscura para no percibir lo que hay más allá. El instrumento de esta participación no es la voluntad, sino una atención totalmente pura y desinteresada.

Simone Weil insiste en el carácter dualista del hombre. “Somos Dios y otra cosa distinta de Dios”, dice en un pasaje de **La pesanteur et la grâce**. Por tanto, participamos de dos órdenes, estamos sometidos a las dos fuerzas que reinan sobre el universo: la gravedad y la gracia. La gravedad es la ley de la naturaleza, entendiéndose por naturaleza todo lo que no es sobrenatural. Es decir, que la misma ley que ordena el movimiento de los cuerpos rige también los movimientos psicológicos y sociales. La única excepción es el espíritu tocado por la gracia. La gravedad nos arrastra hacia abajo, nos hace descender; palabras como “bajeza”, “degradación”, etc., aluden a este hecho. Revelan la fuerza irresistible que hay en nosotros. Explican también por qué el bien puro no es de este mundo. La alianza entre la fuerza y la bajeza es para Simone Weil un hecho de la experiencia cotidiana: cualquier acción que requiera cierto esfuerzo se cumple más fácilmente cuando su móvil es más bajo. Cree que las gentes que permanecían de pie bajo la lluvia durante horas para conseguir un huevo difícilmente lo hubieran hecho para salvar una vida humana. En las guerras la crueldad es un incentivo para levantar la “moral” de los soldados. Es muy difícil arriesgar la vida por un bien puro y absoluto. Por eso los discípulos abandonaron al Cristo crucificado. En cambio, hubo muchos mártires después, cuando existía una comunidad cristiana como una fuerza social y la promesa clara de recompensas futuras. Los mártires que marchaban cantando al sacrificio no murieron por el Dios por quien Cristo clamaba en la cruz. Los soldados que acompañaban al Napoleón de Santa Helena estaban confortados por el recuerdo de una pasada grandeza. Si le hubiera faltado esa aureola de la fuerza que tanto atrae a la bajeza, no le hubieran sido fieles.

El pecado de Pedro haciendo promesas de fidelidad al Cristo, es haber creído que la posibilidad de ser fiel estaba en sus recursos naturales. "Decirle te seré fiel, era ya serle infiel". "Como era un elegido, agrega Simone Weil, tuvo la gracia de saberlo y su traición se hizo manifiesta".

Esta ley de la gravedad es el origen de una mecánica humana. Quien sufre trata generalmente de transmitir el dolor a los demás por la compasión o la crueldad. El dolor crea en el hombre un vacío que trata de compensar infligiéndolo a otro: la madre de mal humor que castiga a su hijo, el superior que descarga su fastidio humillando a quien no puede responderle. Otras veces la víctima es el sér que nos ama, aquel a quien estamos seguros de herir. Y para quien se encuentre en una situación tan desesperada que no tenga un niño o un sér que lo ame, siempre queda el recurso de la imaginación. Cualquier cosa puede servir de consuelo cuando es muy grande el miedo de sufrir y el deseo de ser consolado. Por eso es tan importante aceptar el vacío, el desequilibrio, la falta de compensación, romper con las leyes de la naturaleza, y esperar. Lo que ocurra luego no depende de nosotros. Pero probablemente nunca ocurrirá nada extraordinario si la imaginación se ocupa en tapar todas las grietas por donde podría pasar la gracia.

El dolor es uno de los grandes temas de Simone Weil. Es sagrado porque es real. El hombre que sufre no se miente a sí mismo. Contemplar el dolor, no desde fuera, sino desde el dolor mismo, es un camino hacia Dios. Por eso siente tanto respeto por los desposeídos, por los pobres, por todos aquellos a quienes las circunstancias ofrecen mayores posibilidades de sufrimiento y menos recursos para disfrazarlo. Aquí también está el peligro de las virtudes sociales que no son más que eso. Aquel a quien la sociedad aplaude no conocerá jamás la amargura extrema. Quizá también se complacerá en este aplauso y no buscará otra cosa. "El fariseo", dice Simone Weil, "es aquel que es bueno por respeto al gran animal". Pero es bueno con ese bien que es correlato del mal y que se sitúa en el mismo plano. Es bueno como un hombre que acumula dinero frente al ladrón que se lo roba. "Son los que, según el Evangelio, ya recibieron su salario".

Cuando Simone Weil enumera las pruebas de la misericordia de Dios aquí abajo, señala cuatro: primero, los místicos; segundo, “la irradiación de esos seres y su compasión que es la compasión divina en ellos”; tercero, la belleza y cuarto, “la ausencia completa de misericordia aquí abajo”. El dolor allí como una perspectiva que podemos utilizar pero que es arriesgado burcar. En primer lugar porque no sabemos hasta qué punto podemos resistir la prueba. En segundo lugar porque el dolor buscado nunca es tan amargo, tan puro, como el que se nos inflige gratuitamente. Si no sabemos, si ni siquiera podemos sospechar nuestra reacción ante un dolor extremo, mucho menos podemos conocer la de los demás. Es muy distinto destruir el yo desde dentro por la aceptación amorosa del dolor que la destrucción desde fuera por la imposición del sufrimiento. El resultado en el segundo caso puede ser el grado más bajo de abyección. Lo único que el hombre puede entregar a Dios es su yo, puesto que todo lo demás no le pertenece realmente; destruyendo ese yo le quitamos la posibilidad de su única ofrenda. Por eso la sociedad debe tratar de que las probabilidades de dolor sean las menos posibles. “La desgracia, dice Simone Weil, sólo está en función de la gracia y la sociedad no es una sociedad de elegidos”.

Pero el dolor no es el único medio para romper los límites demasiado estrechos de la individualidad empírica. También lo son la belleza, la contemplación de la armonía del universo, de las relaciones eternas de los números. Todas las obras realmente bellas son impersonales, y hasta anónimas: **La Ilíada**, las catedrales, el canto gregoriano, la invención de la geometría. Cuando un niño hace una suma y se equivoca, su error es personal, pero si llega a un resultado exacto, éste no conserva ninguna huella de su persona. Por eso el estudio de la geometría tiene un efecto de purificación. Por eso el ejercicio de la inteligencia completamente desapegada de todo interés particular tiene siempre un sentido religioso. La dialéctica es, como en Platón, la preparación necesaria para el conocimiento del bien. La serenidad más pura, el desapego total y el dolor más intenso son igualmente caminos. Apolo y Dionisio, cada uno a su manera, dicen la misma cosa. Aluden a una misma realidad que, una vez hallada, no puede expresarse en palabras. “El grito de Cristo y el silencio del Padre, forman juntos la suprema armonía, aquella de la cual

toda música no es más que una imitación y a la cual se parecen de infinitamente lejos aquellas armonías nuestras que son en altísimo grado a la vez dulces y desgarradoras. El universo entero, inclusive nuestras propias existencias que son sus pequeños fragmentos, es solamente la vibración de aquella suprema armonía”.

Las relaciones entre el hombre y Dios se realizan en el plano de la gracia. Escapan por tanto, a toda formulación dialéctica. El hombre puede crear las condiciones necesarias para que la gracia descienda sobre él, pero no puede causarla. Inclusive no debe; buscar a Dios desesperadamente es un intento de forzar su voluntad que para nosotros es siempre incomprensible. “El que debemos amar está ausente”, repite continuamente Simone Weil. Está infinitamente lejos de nosotros y al mismo tiempo dentro de nosotros mismos, tan cercano que se confunde con nuestro ser más profundo. Las contradicciones y las paradojas se agudizan aún más cuando queremos dar razón del amor de Dios por las criaturas. Dios no puede amar otra cosa que sí mismo. Su propia perfección es el único objeto digno de su amor. Y sin embargo, Dios ama a las criaturas. “Atraviesa el espesor infinito del mundo para venir hacia nosotros. La medida de su caridad es la distancia infinita que nos separa de él. Debemos atravesar —y Dios primero porque El viene antes— el espesor infinito del tiempo y del espacio. En las relaciones entre el hombre y Dios, el amor es lo más grande. Es tan grande como la distancia que debe franquear. Para que el amor sea lo más grande posible, la distancia es la mayor posible”. Simone Weil, ella misma ¿franqueó esta distancia? En su humildad, decía que las experiencias místicas le eran desconocidas y que no se atrevía a esperarlas. Sin embargo, en sus últimos escritos hay más de una página que permite arriesgar una respuesta afirmativa.